Rita a través de la cascada

Rosella Postorino

Rita a través de la cascada

Ilustraciones de
Alessandra Cimatoribus

Traducción de Marta Gil Santacana

Duomo ediciones

Ilustraciones: Alessandra Cimatoribus
Maquetación y adaptación de cubierta: Emma Camacho

Título original: *Tutti giù per aria*
© 2019, Rosella Postorino, por el texto
© 2019, Alessandra Cimatoribus, por las ilustraciones
© 2020, Marta Gil Santacana, por la traducción

ISBN: 978-84-17761-95-0
Código IBIC: YF
DL B 10.974-2020

© de esta edición, 2020 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: octubre de 2020
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impresión: Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A Chiara, Davide, Camilla, Francesco,
Rachele, Durante e Irene.

1

Rita tenía todos los cuadernos impecables, se sabía de memoria la tabla del 9, en el comedor jamás se manchaba con la salsa, y si se le escapaba un estornudo, siempre conseguía taparse la boca con la mano para evitar escupir. Si al colorear un dibujo con lápices se salía de la raya, hacía una bola con el papel y empezaba de nuevo. Se comía las patatas fritas empezando por la

más pequeña y acabando por la más grande, y lo más importante, dejaba la más crujiente para el final. Esto al principio le había requerido prestar mucha atención, pero con la práctica había conseguido ser muy rápida, le bastaba con echar un vistazo y en menos de lo que canta un gallo dejaba el plato limpio. En el comedor nunca había que esperarla.

Rita lo hacía todo bien, y lo que no sabía hacer bien prefería no hacerlo. Por ejemplo, nunca contaba chistes ni tampoco se acercaba a sus compañeros cuando entre ellos se contaban alguno. Temía no entenderlos, echarse a reír en el momento equivocado o quedarse muda cuando hubieran terminado. Temía no entender que habían terminado.

Sus compañeros no la veían como una niña especialmente divertida. Decían que era doña Perfectita, y la perfección no es algo que dé risa.

Había días que no le importaba, había otros que sí. Así solía ser, pero no lo fue el día que aceptó la invitación para jugar a voleibol en el patio del colegio. Cuando se formaban los equipos, a Rita siempre la elegían la última, porque era la más pequeña de tercero B y, cada vez que le tocaba sacar, la pelota acababa rebotando contra la red. Así que hizo correr la voz de

que el voleibol no le gustaba, prefería no sudar. Había llegado a convencer a todo el mundo, incluso ella se había convencido también.

Pero aquel día parece que no eran suficientes niños para formar los equipos, aquel día quién sabe qué le pasó, pero tan pronto como la llamaron, dijo: «Ya voy».

Cuando le tocó sacar, se dirigió a la línea de saque con la cabeza gacha, preparada para decepcionarlos a todos. Se puso en posición, se dijo: «Concéntrate. No pienses en nadie, mira solo el balón». Continuó dándose ánimos: «Mira qué sol, flexiona las piernas, qué luz tan bonita, vamos, así. Un soplo de esperanza».

Con la mano izquierda lanzó la pelota, la derecha lista para golpearla. Levantó la cabeza, la luz en los ojos, toda la fuerza en el brazo, la golpeó. Y la pelota salió volando, como tenía que ser. Tan alta como nunca antes la había visto, rápida, perfecta. En un instante superó la red, superó a las niñas que habían saltado para atraparla, a los niños que se habían tirado para recibirla, superó el rectángulo blanco dibujado en el asfalto y también el campo, saltó el muro y dejaron de verla. Había caído al río.

Se quedaron todos quietos y Rita sintió que le ardían las orejas.

—Es culpa mía —dijo—, bajaré al río a recuperarla.

—No, olvídalo —le contestaron, como diciendo que la había hecho buena y quisieran evitar un mal mayor.

Los niños y las niñas empezaron a dispersarse, algunos se sentaron en los escalones, aburridos, otros se sacaron las monedas que llevaban en los bolsillos. Si hubieran tenido suficiente dinero tal vez hubieran conseguido comprar un balón nuevo.

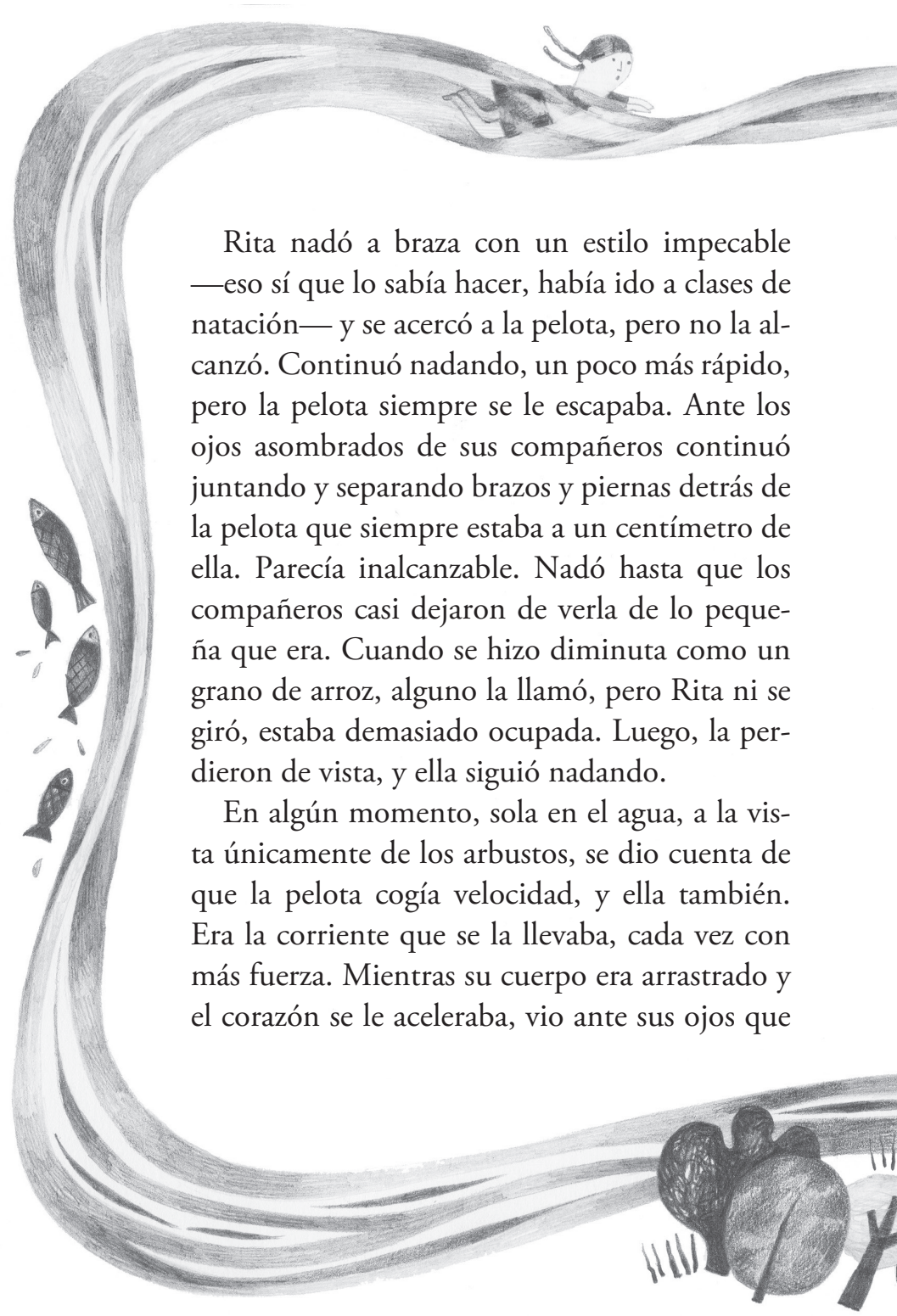
Rita sintió que le sudaban las manos. Dijo:

—Os la traigo enseguida, esperadme aquí.

Ella nunca había bajado al río. Aunque no era muy profundo, todas las madres habían hecho prometer a sus hijos que nunca irían, y ella había mantenido la promesa, al menos hasta ese día.

Bajó la escalera de piedra y vio la pelota: se deslizaba sobre la superficie del agua, solo tenía que meterse en el río y nadar para recuperarla. Mientras los compañeros la miraban curiosos, Rita se quitó los zapatos y entró en el cauce.

El agua estaba templada. La ropa no estaría seca a la hora de la cena, a pesar del sol que hacía. Su madre se enfadaría.



Rita nadó a braza con un estilo impecable —eso sí que lo sabía hacer, había ido a clases de natación— y se acercó a la pelota, pero no la alcanzó. Continuó nadando, un poco más rápido, pero la pelota siempre se le escapaba. Ante los ojos asombrados de sus compañeros continuó juntando y separando brazos y piernas detrás de la pelota que siempre estaba a un centímetro de ella. Parecía inalcanzable. Nadó hasta que los compañeros casi dejaron de verla de lo pequeña que era. Cuando se hizo diminuta como un grano de arroz, alguno la llamó, pero Rita ni se giró, estaba demasiado ocupada. Luego, la perdieron de vista, y ella siguió nadando.

En algún momento, sola en el agua, a la vista únicamente de los arbustos, se dio cuenta de que la pelota cogía velocidad, y ella también. Era la corriente que se la llevaba, cada vez con más fuerza. Mientras su cuerpo era arrastrado y el corazón se le aceleraba, vio ante sus ojos que

el río desaparecía y solo había cielo. Intentó detenerse, pero le fue imposible: la pelota avanzaba a una velocidad de vértigo, y de repente saltó y desapareció. Rita dejó de verla. Justo después saltó ella, con los ojos cerrados y la boca abierta. Gritó, pero no oyó nada, porque el ruido de la cascada era aún más fuerte.

Lo primero que pensó cuando volvió a abrir los ojos fue que nunca nunca ningún tobogán en el que se había subido, ni tan siquiera el más alto, le había provocado un vuelco al corazón como aquel. Pensó que jamás, ni en una montaña rusa, había sentido el estómago caérsele como de un rascacielos. Estaba casi segura de que lo había perdido: primero la pelota y ahora el estómago.

Con el agua hasta la barbilla, miró a su alrededor. Estaba flotando en un lago, la cascada removía el agua, y la pelota se balanceaba alegre, sin prestarle ninguna atención. La orilla estaba lejos. Si quería

alcanzarla tenía que darse prisa, o seguro que no llegaría a casa a tiempo para la cena. Dándose un impulso con las piernas llegó junto a la pelota y finalmente la cogió. En ese preciso instante una sombra se extendió sobre ella y oscureció el agua.

Rita alzó los ojos hacia la nube que había cubierto el sol, pensando: «¡Solo falta que estalle una tormenta!», pero en lugar de una nube vio una gran esfera de color que bajaba.

—¡Manos arriba! —Oyó que gritaban, e instintivamente inspeccionó el agua para ver quién había hablado.

Por un momento, tuvo miedo de que un pez se hubiera enfadado con ella, la verdad es que había entrado en su casa sin ni siquiera presentarse, y eso no se hace. Luego, recordó que en el agua los sonidos se amortiguan y que por eso los peces no hablan, es malgastar esfuerzos.

—Estira los brazos, chiquilla —insistió la voz.

Estaba enfadada con ella, pero ¿quién era?

Rita inclinó el cuello hacia atrás y vio la gran esfera dirigirse hacia ella. Era roja y verde como una sandía, con rayas como la carpa de un circo, y en ella parecía distinguir a una mujer colgada bocabajo.